



FAMIPED

Familias, Pediatras y Adolescentes en la Red. Mejores padres, mejores hijos.

Saludablemente diversos

Autor/es: M^a Ángeles Gascón. Directora de un centro infantil. Zaragoza.

[Volumen 2. N^o 4. Diciembre 2009](#) ^[1]

Introducción por Rosa M^a Macipe.

Estos pensamientos pertenecen a M^a Ángeles Gascón, directora de un centro infantil que trabaja en el casco histórico de Zaragoza, con población del barrio, barrio muy mezclado, con población gitana e inmigrante.

Ellos han conseguido gestionar de maravilla la diversidad y, sobre todo, no hacer un gueto. En sus actividades participan cotidianamente la población autóctona y la población más marginal, y esto no es fácil en una sociedad en la que, habitualmente, por ese afán de proteger a los hijos, nos da miedo que se junten con niños “diferentes”.

Precisamente este año les han concedido el premio Aragón Multicultural, por el trabajo hecho con las madres de esos otros niños y por conseguir poco a poco esta difícil integración.



Saludablemente diversos

Para cualquier madre o padre es fundamental que su hijo crezca sano y fuerte. Preocuparse por la alimentación, comprobar que el niño alcanza el peso y la altura adecuados, seguir las indicaciones del pediatra en relación a los paseos, a las condiciones físicas del entorno..., son cuestiones sencillas, con indicadores visibles que, la mayoría de la población, tiene en cuenta. Pero vayamos ampliando el concepto de salud. Pasemos de las necesidades físicas a las emocionales. En este ámbito adquiere gran importancia el contacto con el mundo, con “lo otro” que no soy yo: madre, padre, hermanos, amigos... Acompañar de manera sana esa “diferenciación” del mundo, sostener en un primer momento para, después, “soltar”, ya va siendo más complejo que darle una u otra papilla o sacarle más o menos tiempo al parque.

Porque tomar decisiones en relación al mundo que queremos para nuestros hijos, pasa por elegir qué ámbitos de socialización voy a ofrecerle, cuáles van a ser sus compañeros de juego, cómo voy a mostrarle al “otro”... Y es aquí donde nos dejamos llevar por intuiciones, donde apenas contrastamos y, por lo general, dejamos que el miedo a lo desconocido actúe. En este ámbito de “convivir”, de lo grupal, aparece como objetivo fundamental la protección hacia nuestros hijos, lo que hace buscar espacios “seguros”: que tengan compañeros parecidos a ellos, que no se encuentren con conflictos... La diferencia excesiva, en lo cultural, en lo económico, nos da pánico y queremos mantenerlos alejados de todo lo que suene a “pobreza”, a “exclusión”, a “especial”... ¡¿Qué amigos, si no tendrá de mayor?!... Argumentaciones que nos van tranquilizando, “justificando” y dejando inamovible nuestro pequeño y “seguro” mundo...

Mientras los padres vamos debatiéndonos en nuestras inseguridades, los niños, verdaderos expertos en sus necesidades, van respondiendo de forma natural y contestan nuestras preguntas “adultas”. El problema es que, en la mayoría de las ocasiones, no los escuchamos y decidimos sin apenas mirarlos. Detengámonos en los niños, observemos sus códigos, sus juegos. Si nos asomamos a su mundo, si contemplamos sus gestos, miradas y expresiones, podremos aprender de ellos y con ellos.

Para los niños, lo importante es tener un compañero para correr, para poder pillarlo, para disfrutar con él. Alguien que les permita conocer sus posibilidades, afianzar su autoestima... Si ese compañero es de otro color o habla un idioma diferente, no será un obstáculo. Lo importante va a ser la oportunidad de crear y construir juntos, la capacidad de generar una zona de juego común. Esto les abrirá un abanico de

posibilidades de relación: escuchar, negociar, resolver conflictos... En solitario no podemos acceder a todo ese mundo de las habilidades sociales; no podemos entendernos, ni entender al otro...

Pero sigamos fijándonos en esos momentos lúdicos de los más pequeños. Cuando lo que uno es escuchar un cuento, elegir un personaje o un disfraz, lo importante es poder relatar juntos una historia. Cada uno traerá a esa "narración inventada" su cotidianidad. Ahí aparecerán aspectos culturales significativos para cada niño y, así, sus mundos entrarán en relación con total naturalidad. El nivel económico de los padres, las pautas religiosas que marcan la vida familiar, las historias de otros continentes, los valores sociales... serán un elemento más de esa "historia imaginada", de ese juego simbólico que desarrollan los más pequeños.

De esta forma tan sencilla, lo que para nosotros es un abismo que separa, para los niños se convierte en una puerta que invita y que enriquece.

Estamos rodeados de "verdades" universales que compartimos en los cuentos, en los juegos, en la cotidianidad de nuestras vidas, quizás no tan diversas: amor, vida, muerte, amistad, poder...

Tan diferentes y tan iguales. ¿Qué es lo que marca la elección de nuestros amigos?: ¿el color?, ¿el dinero?, ¿la capacidad de soñar juntos, de construir posibilidades, de enfadarse, para luego resolverlo?

Entonces, ¿Qué nos toca hacer a los padres? ¿Cómo cuidar ese bienestar emocional de nuestros hijos? No pensemos en recetas, en talleres, cursos, o cine forum... Dejemos de "enlazar" la realidad y tomemos el pulso a la vida, aprovechando lo que nos ofrece este mundo tan diverso.

Aprovechemos la diferencia para generar identidad, los conflictos para aprender a negociar, la diversidad de creencias y valores para ahondar en la tolerancia, en la lucha por los derechos humanos universales. Educar en diversidad, abiertos a un mundo cambiante, aportará a nuestros hijos flexibilidad, capacidad de adaptación, de construcción...

Evidentemente no hay nada de magia en todo esto. Tendremos que esforzarnos y agrietar nuestros inmovilismos adultos... Encontraremos obstáculos; nos daremos de bruces con nuestros fantasmas personales, con nuestros miedos, y chocaremos; pero todo este proceso, que podemos hacerlo de la mano de nuestros hijos, en familia, nos va a permitir crecer en humanidad y eso, puedo aseguraros que mejorará nuestro bienestar físico y emocional y, por extensión, el de nuestros hijos.

Si lo probáis, a través del espacio de juego, en el "cole", en el vecindario... repetiréis.

Además, habitualmente, hasta los "efectos secundarios" resultan beneficiosos.

